

Lara y el limo. La autora de 'Mudlarking', en las orillas del Támesis, en busca de tesoros. CAPITÁN SWING



El barro del Támesis, una puerta en el tiempo

Historia. Lara Maiklem narra en 'Mudlarking' una historia de Londres a través de sus pequeñas cosas, rescatadas del olvido en las orillas del río

PARA EXPLICAR *Mudlarking* de Lara Maiklem (Capitán Swing, a la venta el lunes) conviene conocer algunos datos: primero, los muelles de Londres sobre el Támesis se construyeron con desechos de la ciudad medieval: piedras labradas tomadas de casas en ruinas, enseres personales, restos animales... Segundo: el barro del río, bajo en oxígeno, es propicio para conservar antigüedades. Y tercero y más sorprendente e importante: el Támesis tiene dos mareas al día. El flujo y reflujo del mar llega más allá del centro de Londres y permite que, en las mareas bajas, afloren los objetos depositados en

los diques y en el lecho del río desde los tiempos de la Londinium romana.

A eso ha dedicado parte de su vida Lara Maiklem, una niña de campo que llegó a Londres cuando empezaba su edad adulta y que, al sentir la soledad de la ciudad, halló consuelo en

Por Luis Alemany MADRID

el barro del Támesis. 30 años después, Maiklem convierte sus experiencias como *mudlarker*, como rastreadora en el fango, en un libro insólito y evocador en el que los pequeños tesoros que el río le ha

ofrecido conectan sus historias como poéticos artículos de una enciclopedia digital. Así, una cuchara explica la dieta y la salud pública en Londres en el XVI; una muñeca narra la consideración de la infancia en el XIX; y la carcasa de

una bomba que nunca explotó evoca la Batalla de Londres. La ciudad, más que un palimpsesto, aparece como un hipertexto.

«El Támesis es un lugar extraño. Quiero decir... Estuve en otoño en París y

di un buen paseo por el Sena y es todo tan bonito... El Támesis, en cambio, es duro. Es majestuoso y poderoso, podemos decir que hay nobleza en su dureza, pero no es bonito», cuenta Maiklem. «No hay color, todo es una escala de grises. Pero cuando bajo a la orilla percibo un sentido del tiempo muy profundo. De alguna manera, el Támesis nos dice que está aquí desde antes de que los seres humanos existieran y que seguirá fluyendo cuando nos hayamos ido. Y eso es parte de una emoción poética, digámoslo así. Muchos artistas han venido al Támesis, aunque fuera para odiarlo, como le pasó a

Dickens. Dickens tuvo su primer trabajo en un muelle y se quedó horrorizado... Dicen que mi libro es una carta de amor al río. Creo que no lo escribí con esa idea pero quizá sea cierta».

Importante: lo que enciende a Maiklem es el río, no la ciudad, que es el paisaje al fondo. «Es que la ciudad es el río. Los londinenses ignoran el Támesis. Está siempre ahí, está en todas partes y no lo ven. Hasta que un día se acuerdan de él, empiezan a pensar en él y la ciudad se desdibuja detrás. Es Londres la que es una derivación del Támesis. En las fotografías desde el espacio, Londres es una mancha informe pero el río es perfectamente visible. El río separa el norte rico del sur pobre... Es lo más importante de la ciudad», dice Maiklem. «Cuando vivía en Londres, iba al río a escapar de la ciudad. Ahora que vivo fuera, el río me mantiene unida a Londres».

¿Y si le hubiese tocado vivir en Roma y su río fuese el Tíber? «No sería lo mismo. Sólo el Támesis tiene mareas. Y, por las mareas, el Támesis no es sólo el río, es la historia de millones de personas que fueron la ciudad y después fueron olvidadas, que no dejaron más que una traba para el pelo, que un cuchillo, que un zapato desaparejado... Que aparecen en la marea y nos permiten ser conscientes de ellos».

Una parte importante de *Mudlarking* es el retrato de la intimidad del río. Maiklem dedica algunas de sus mejores páginas a hablar del frío, del olor, de la textura del barro... de la fisicidad del Támesis. «He llegado a conocer al río como conozco a algunos amigos, puedo prever sus cambios de humor... Los olores, por ejemplo, cambian según el momento y el lugar. Lo mismo pasa con el oleaje, con el brillo... A veces, el Támesis es opaco y, a veces, es un reflejo deslumbrante de la ciudad. Lo curioso es que, en esa intimidad, hay un momento en el que importa más el movimiento cíclico que el fluir del río. He llegado a ver el Támesis como un cuerpo que respira más que como un flujo de agua constante».

¿No es eso el mar? ¿No sienten las personas ese tipo de fascinación por los océanos? «Ahora vivo frente al mar y no es lo mismo», cuenta Maiklem. «Por supuesto que es muy

relajante pasear por una playa, que puede ser una forma de meditación maravillosa... Pero creo que no tiene la complejidad, el misterio y la densidad del Támesis. El mar es como un adolescente, que a veces está bajo y a veces entra en erupción; el Támesis, en cambio, es algo más sutil; esos cambios existen pero aparecen envueltos en un velo de misterio».

El relato de *Mudlarking* empieza Inglaterra adentro, en algún lugar al oeste de Londres que es más campo que ciudad, y termina en un puerto del estuario del Támesis llamado Tilbury que hoy recibe el tráfico marino que antes llegaba hasta Bankside y que parece más China que Inglaterra. «Tilbury es un terreno ganado al estuario que se rellenó con basura. Plásticos, excedentes de la sociedad de consumo, restos de esta cultura de la producción en serie y de la sobreabundancia... No es evocador, es deprimente, es

“El Sena es tan bonito... Pero sólo en el Támesis percibo un sentido del tiempo así de profundo”

“Veo el Támesis como algo cíclico, como un cuerpo que respira, más que como un flujo de agua constante”

un reflejo horrible de lo que somos», dice Maiklem. El Támesis, que en 1950 fue declarado biológicamente muerto por culpa de la toxicidad de sus aguas, fue rehabilitado en los 60 y hoy está más limpio y rebosante de vida animal que nunca... Igual que Londres parece una ciudad ajena a la pobreza y la sordidez. Pero pobreza y la suciedad no han desaparecido. Sólo han sido apartadas de la vista.